

FERNANDO OCEGUEDA, EL RASTREADOR

Galia García Palafox

Cuarenta y ocho horas después de recibir una amenaza, Fernando Ocegueda lo contaba sin aspaviento: “Me llamaron y me dijeron ‘afuera de tu casa hay dos camionetas. Están checándote. Si no dejas de moverle a ese caso, te vamos a matar’”. Después de la llamada salió a la calle, vio dos camionetas en la esquina, regresó a casa y durmió sin sobresaltos.

Hace mucho que Fernando Ocegueda dejó de tener miedo. Dos días después de la amenaza, aún no sabía de qué caso le hablaban. Sus compañeros buscaban en los archivos. Él creía que ni siquiera se trataba de un asunto en el que su asociación trabajara, quien lo llamó se había equivocado. Está acostumbrado a las equivocaciones. Es probable que la razón por la que empezó a buscar cuerpos, huesos, dientes de desaparecidos en Tijuana, Baja California, haya sido eso, la equivocación de un comando armado.

Diez años atrás, en 2007, su hijo Fernando fue “levantado” de su casa. Unos 20 hombres entraron y se lo llevaron. El padre hizo lo que tenía que hacer, lo que sabía que se debía hacer: ir al Ministerio Público, hablar a los amigos de su hijo, levantar una denuncia, llamar a familiares, esperar 72 horas, buscar a su hijo, ir a la Comisión Estatal de Derechos Humanos, seguir esperando, seguir preguntando, seguir esperando.

Ocegueda no esperó sentado. Indagó por su cuenta, se acercó a quien pudiera saber de alguien que pudiera saber algo. Así se enteró de que había policías en la nómina de la delincuencia, que las 72 horas que la autoridad le hizo esperar son horas cruciales, que nadie haría nada si él no lo hacía. Armó su propia red de investigación y la información empezó a llegar a

raudales: pistas, rumores, testigos de oídas, cualquier cosa servía. Se enteró también de que no era el único padre buscando un hijo desaparecido, que había cientos. Los conoció y con ellos empezó a hacer manifestaciones, protestas, plantones en pleno calor bajacaliforniano. “Soportando en la noche mucho frío, en el día mucho calor. Treinta días, con eso logramos que nos dieran una fiscalía especializada que no resolvió los problemas, porque era una simulación del gobierno para podernos quitar de ahí y decir que iban a trabajar”, cuenta.

Se dio cuenta de que para los padres y madres de desaparecidos no había más que trabas, que la autoridad estatal no hacía su trabajo, que no atendía las recomendaciones de derechos humanos, que no entregaba a los familiares las investigaciones y, cuando lo hacía, el expediente era una hoja con tres datos inútiles, que a estos desaparecidos no los buscaba nadie.

*

El 9 de enero de 2009, Ocegueda se enteró de la detención de Santiago Meza, un albañil miembro del Cártel de los Arellano Félix que declaró haber desintegrado en ácido 300 cuerpos. A Meza la Procuraduría General de la República (PGR) se lo llevó a la Ciudad de México y para Ocegueda ahí se habría acabado la historia si a su casa no hubiera llegado por correo la averiguación previa de Meza, “el Pozolero”, con todos sus testimonios.

Nos convertimos en unos investigadores con las averiguaciones que en su momento se podían haber hecho por la procuraduría. Fuimos y encontramos el predio de Loma Bonita, ahí encontramos 60, 70 cuerpos desechos en ácido. Nosotros la localizamos, la encontramos, le hablamos a la autoridad federal, a la subprocuraduría contra la delincuencia organizada, fueron los peritos, geólogos, arqueólogos, caninos y todo mundo fue, un ejército.

En Loma Bonita se encontraron con cuatro o cinco fosas pequeñas. Ocegueda tiene claro el método: “hoyos, cuerpos, hoyos; escarbaban,

echaban y tapaban. En el predio había una casa donde aún estaban los utensilios con que deshacían los cuerpos”.

Un año después encontraron La Gallera, otro predio de “el Pozolero”. Ocegueda llegó al lugar, levantó un pedazo de cemento, metió una varilla: “olía a muerte, a cuerpo putrefacto”.

Cuando los expertos llegaron encontraron una fosa de cemento de tres metros de profundidad por tres de largo y 16,500 litros de emulsión orgánica: una sustancia acuosa principalmente compuesta de grasa humana, pedazos de carne y cabellos. Había también trozos de dientes, anillos, aparatos de ortodoncia y huesos, cientos. El trabajo que tuvieron que hacer para separar la masa orgánica de los huesos en busca de algún rastro de ADN parecía de ciencia ficción. “En el día se sacaban dos, tres bolsas, se embalaban y se los llevaban a refrigeradores”, cuenta Ocegueda.

Los ministerios públicos federales y estatales fueron rebasados ante el exponencial aumento de las denuncias.

“El Pozolero” no habría sido más que otro personaje de leyenda para la historia *narca* del siglo XXI si Ocegueda y su grupo no le hubieran puesto cara y locación al terror, si no hubieran conectado la

infamia de un destripador con la tragedia de madres y padres. Lo que Ocegueda encontraba no eran huesos descompuestos, eran personas, tenían que serlo. Cada diente, cada amalgama, cada resto humano macerado, por pequeño que fuera, era una posibilidad para alguna madre en busca de su hijo.

Ante los cientos de huesos y la materia orgánica que tenían, Ocegueda pidió un banco de ADN. Unas mil personas se hicieron las pruebas. Un par de años después llegó la información: había siete positivos, pero las muestras estaban en tal descomposición que se guardaron, a la espera de que la ciencia avance.

Desde los hallazgos de “el Pozolero”, Ocegueda y otros miembros de la asociación Unidos por los Desaparecidos en Baja California han repetido una y otra vez el proceso de búsqueda, cada vez de manera más sistemática, más experta. En su escritorio hay 280 expedientes. Dice que

están más completos que los de las procuradurías, que en su agenda de contactos hay buenos y malos; saben de tierras que han sido removidas, de antropología forense, usan drones, hacen visitas a las penitenciarías para hablar con delincuentes que les den pistas. Cuando el expediente está armado y ubicado el predio donde podría haber fosas clandestinas, llama a las autoridades federales para hacer la búsqueda. Ocegueda es la avanzada ciudadana. Los recibe con la mitad del trabajo hecho. “Rascando encontraremos a los desaparecidos, o me desaparecen a mí, pero hay que rascarle”, dice.

Fernando Ocegueda saca cuentas: unas 30 búsquedas, cada una de cinco días, cada día tres o cuatro predios.

—¿Cuánto es eso?, pregunta

—Más de 500.

—No, yo calculo que llevamos 350.

En diez años, 24 casos resueltos. A él le parecen pocos. Ninguno es el de su hijo Fernando. La explicación extraoficial más creíble para él es que los que lo levantaron iban por un vecino, que fue una equivocación de las que ha visto muchas. Su prioridad no es encontrar culpables, es encontrar a su hijo, a los hijos de otros.





Foto Elizabeth Rosales

< Fernando Ocegueda Flores